



Dibujo de Arriaza

Los fantasmas de la bahía

Por Ricardo VALENZUELA

La goleta ardía como una antorcha. Indudablemente, era el fin.

—¡Salta, Fabián!— gritaba el contraмаestre desde el bote.

Pero Fabián continuaba de pie en la borda, alelado, sin decidirse a saltar.

¡Maldito fuego!... ¡Y tan distante de la costa! Crujían los mástiles, crepitaba la madera con ruido semejante a detonaciones.

Ya el otro bote con el patrón y cinco hombres bogaba rápidamente, alejándose del incendio. El "viejo" iba a popa con el timón, agachado, sombrío, sin despegar los ojos del buque que se consumía sin vuelta. Lo había amado como a un animal fiel y trabajador, de aquellos que nos han sido útiles por toda una vida.

Acá, este segundo bote al mando del contraмаestre, chapoteaba y lograba remontar la ola aporado, gracias a las amarras que aún lo unían a la baranda de cubierta y que habría que soltar desde abajo en el momento oportuno.

—¡Lánzate de una vez, Fabián!

Los remeros estaban listos para desabracar. Contemplaban también la goleta... ¿A quién se le ocurre quemarse con semejante mar gruesa?

—¡Salta, salta, hombre!

No saltaba. Miraba el agua indeciso, como un perro tímido cuando el amo por divertirse le manda arrojarse al estero cuya corriente le produce sus dudas.

—¡Vamos, hombre, no seas bruto!

La mano peluda y cobriza del contraмаestre, más cobriza todavía a causa del resplandor de las llamas, aguantaba firmemente el delgado cabo. Este se cortarían antes que cedieran aquellos dedos nudosos, como trozos de arbusto seco.

Ahora el buque rugía como un volcán. Las lenguas de fuego y el chisperío flameaban hacia sotavento. La espesa humareda se extendía como una niebla roja hacia el horizonte.

Fabián continuaba en el mismo lugar sin moverse.

A cada grito del contraataque se apretaba los pantalones contra el vientre, afianzaba el gorro de lana amarillo que le cubría la cabeza, se apoyaba en la borda como para tomar impulso y... nada.

—¿No ves, imbécil, que te va a coger el fuego?

De aquí y de allá partían voces e interjecciones. La proximidad del incendio, que se dejaba sentir en el aire, las llamas silbantes, las salpicaduras del mar, inquietaban a los hombres del bote. Y no había nada que hacer, Fabián, desde arriba, los miraba con humildad. Esbozaba una sonrisa helada... como cuando uno se muere de miedo y trata de parecer sereno... La garganta se anuda y apenas si podemos modular un sonido.

No respondía. Lo paralizaba el terror.

—¿No te vas a decidir nunca, idiota? ¡Baja! ¡Te vas a morir ahí como un condenado!

Hasta el perro ladraba impaciente desde la proa del bote, que hacía agua a cada bandazo. ¡En qué trance los metía este bruto de Fabián!

El calor era insoportable. El contraataque soltó el cabo que los unía al buque y se pasó por el muslo la mano ancha y vieja como caparazón de tortuga, para aliviarla y devolver la flexibilidad a los dedos agarrotados por el esfuerzo.

La goleta crepitaba entera. A popa, por donde empezó el incendio, se derrumbó la cabina de gobierno. Se hundió en las profundidades de la bodega con estrépito sordo, que conmovió toda la estructura. Reventaron las últimas escotillas que permanecían cerradas. Una corriente sofocante subió al espacio arrasando partículas de fuego; un torbellino que se elevó rugiendo, como si proviniera de la entraña del mundo.

—“¿Qué pasa que no se retiran?”

Era el patrón quien preguntaba. La voz venía de lejos, del otro bote que se había distanciado hacía ya un buen rato. No se divisaba este bote, pero debía encontrarse por ahí, no muy separado, batallando también con las olas, en espera del que mandaba el contraataque. Juntos debían llegar a la costa.

—“¿Qué ocurre, contraataque? ¿Qué esperan?”

Los ojos del “viejo” estarían ya enrojecidos de mirar el fuego que devoraba su buque; el hogar de tantos años, el resultado de tantos desvelos. El incendio concedía a la negra noche oceánica una vaga claridad que se extendía alrededor de una media milla.

—“¡Hay que alejarse! ¡Rápido!”

—“¡Todavía queda un hombre a bordo! ¡Fabián no sabe nadar!”

El mar tenía un tinte rojo, como en la tarde cuando hay arreboles.

Las olas más próximas, amenazantes, coronadas de espuma, diabólicas, exaltadas, parecían prontas a abrir sus fauces. A causa del movimiento, la campana de proa que se usaba como señal de niebla, con el badajo suelto, sonaba sola.

El patrón insistió con voz irritada:

—“¡Un lazo entonces y... al agua!”

Ya no era posible continuar al costado de la goleta. El contramaestre y sus hombres bogaban contra la marejada, manteniéndose a cincuenta metros.

El oleaje tumultuoso hacía cabecear el buque. Docenas de cabos sueltos en la arboladura ardían como lianas en plena selva. Los tañidos de la campana alarmaban al perro, el humo lo confundía y ladraba como cuando había niebla. De un manotazo un hombre lo arrojó al fondo del bote donde quedó aullando lastimeramente.

El contramaestre, haciendo bocina con las manos, volvió a gritar:

—¿Prefieres ese infierno, estúpido? ¡Arrójate! ¡Arrójate al mar! ¡Te recogeremos...!

No se resignaba a abandonarlo. Un poco más, y no quedaría nada. El calor a bordo debía ser insoportable. ¿Cómo lo sufría? A cada bandazo del buque crujía el palo de mesana, completamente desnudo, como el tronco de un árbol martirizado. Vacilaba como un gigante que va a desplomarse.

Fabián se veía mucho mas diminuto. Su silueta inverosímil destacaba sobre el fondo cárdeno de la hoguera, como en un fantástico crepúsculo cargado de arboles y de gruesas nubes negras. A ratos, una lengua de fuego se elevaba desde la popa hasta quince o veinte metros, cogíala el viento y la aplastaba hasta dejarla rasante. ¿Iban a dejarlo morir como a una rata acosada?

El contramaestre pasó a otro hombre la barra del timón y se puso a preparar la boza. Fabián hacía ahora unos movimientos extraños. Gesticulaba mostrando el abismo de fuego que muy luego se abriría a sus pies. ¿Quería decir que preferiría aquello a las olas inquietas y espumantes que lo aguardaban abajo?

Los hombres, en el bote, también daban muestras de inquietud. ¡Maldita sea...! ¿Hasta cuándo iban a permanecer ahí arriesgándose, aguantando la mar y tragando el humo que ya los hacía toser? Y al fin de cuentas ¿valía la pena de ello el tal Fabián?

Le mostraron el lazo.

—¡Anda hacia proa, Fabián! ¡Deslízate por el bauprés!

Había que lacearlo cuando atravesara el castillo que se hallaba mas libre de obstáculos.

Pero el pobre Fabián tenía horror al mar y a cambiar de sitio, siquiera a moverse en aquel reducido espacio muy cerca del cual bramaban sordamente las llamas. Además, ¿adónde iba a ir si de un modo u otro lo esperaba inexorablemente la muerte?

Una ola tomó al bote de través, lo levantó súbitamente como si quisiera arrebatarlo en su lomo, y lo hizo caer a una banda, estremeciéndolo, casi hasta punto de partirlo. El agua pasó sobre la borda y se precipitó en la cala, arrancando imprecaciones de los hombres. Con oportuno y certero golpe de la barra el timonel volvió a aproarlo y los remeros, hundiendo las palas con rabia, consiguieron equilibrarlo y recuperar la posición segura. Pasado el instante se oyeron nuevamente exclamaciones y gritos.

El contramaestre se secó el sudor con el dorso de la mano.

—¿Quiéres que nos ahoguemos todos, Fabián?— inquirió con voz ronca, la cual más que indignación denotaba cansancio.

Aunque recién estaba furioso, ahora, y después del golpe de ola que por poco los hizo zozobrar, el tono con que se dirigía al tripulante se había suavizado y sonaba casi paternal. ¿Por qué se obstinaba en salvarlo? ¿Por qué le llamaba repetidamente Fabián? Pensó fugazmente en ello. Quizás lo estimaba... Era un individuo de edad indefinible. Lo mismo podía tener cincuenta que setenta años. ¿Dónde lo había conocido?

—¡Vamos, hombre, anda a proa, no tengas miedo!

Sobre el incendio se había formado una especie de toldo rojizo, de humo y de nubes bajas. Volaban algunas chispas como estrellas fugaces.

“¿Dónde lo había conocido?, volvió a pensar.

Una vez, hacía un año o más, quien sabe, lo encontró en el muelle en Valparaíso. Era un día frío de agosto, algo obscuro. El hombre contemplaba distraídamente el agua llena de manchas tornasoladas a causa de los restos de combustible que botan los barcos. Necesitaba un tripulante; cualquiera que pudiera ocuparse en faenas menores.

—“¿Quiéres embarcarte, Fabián?”— le preguntó sin preámbulo.

El otro quitó la vista del agua y le miró con curiosidad, como si dudara que se dirigía a él. Le cubría el rostro una barba de tres días. Su mirada era inexpresiva. Tenía los ojos lacrimosos y enrojecidos como si no hubiera dormido.

—“Te repito. Me falta un hombre a bordo”. Y le indicó la goleta que se mecía a corta distancia.

El extraño observó el buque, meditó un instante, respondió:

—“Sí... yo podría ser; pero no he comido desde anoche. Tal vez...”

—“¡Vamos!”

Y le había seguido sin llevar nada consigo.

El fuego tendía a disminuir hacia popa; pero el viento lo reavivaba y volvía al ataque con mas ímpetu.

—“¡Maldita sea!”— se dijo para sí el contramaestre.

—¿Por qué se le venían a la mente estas cosas y no tiraba el lazo de una vez?

—¡Anda! ¡A proa!... ¡No tengas miedo!

Lo mortificaban las dudas. ¿Por qué le había dicho esa vez en el muelle “¿Quiéres embarcarte, Fabián?”. ¿Desde cuándo sabía que aquel desconocido se llamaba Fabián? ¿Lo había visto antes? ¿Cuándo y en qué circunstancias?

Viéndolo todos los días a bordo no se le ocurrió preguntárselo. Y ahora...

—¡Viejo!... ¡Fabián!... ¡No puedes morir de esa manera estúpida!

Sin duda había sido un vagabundo del puerto. De aquellos que se pasan las horas acodados en la orilla mirando los barcos y el vuelo de las gaviotas revoloteando sobre las boyas.

Por las noches dormiría en el "Salvation Army" . . . Pero, ¿Llamaríase realmente así? ¿No sería un nombre que se le ocurrió de repente y el vago respondió porque comprendió que se dirigía a él y le daba lo mismo?

—¡Hombre, tirate al agua! ¡Hay que vivir! ¡No seas bruto!

Seguro . . . Le había cobrado afecto durante el año que le tenía a bordo. El infeliz era trabajador, silencioso, sumiso . . . Había que darle ánimos.

—¡Hay que vivir, hombre, hay que vivir!

Fabián hizo ademán de que comprendía. Aspiró con fuerza para llenar de aire el pecho, se afianzo los pantalones amarrados con un cordel.

—“¿Qué hay del hombre?”— volvió a oirse la voz del patrón en la obscuridad.

—“¡Nadal! ¡Aquí estamos todavía exponiéndonos por ese imbécil!”— gritó un marinero irritado.

—“¡Largo entonces!”—ordenó el "viejo" desde su bote.

—“¡Sí, sí!”— contestaron varias voces impacientes.

—“¡Pero si aún podemos . . .!”— guturó el contraмаestre.

—“¡Boguemos! ¡Ya no podemos soportar el calor!”

—“¡Fabián . . .!”

Cayó el palo mayor y la cubierta entera reventó en llamas.

El enorme mástil se precipitó al agua y quedó flotando como un raro monstruo ennegrecido y humeante.

El contraмаestre quedó con la boca abierta.

Los bogas, con los remos en galera, paralizados, miraban con asombro hacia el buque.

Después de un minuto, el contraмаestre arrebató la barra del timón al que le reemplazaba y gritó como para desembarazarse de algo que le oprimía el pecho:

—“¡Avante, con fuerza . . .!”

Los remeros hundieron las palas y el bote tomó la mar de frente.

—“¿Qué hay? ¿Qué pasó con el hombre?”

El patrón indagaba aún desde la obscuridad. Su embarcación no debía estar lejos, pero no se la distinguía entre el humo, por sotavento.

Había disminuido la claridad que producía el incendio y era difícil reunirse por el momento, para ganar la costa.

Con la mano que le quedaba libre el contraмаestre se sacudía el chaquetón después del diluvio de chispas que acompañó al derrumbe del mástil.

—“¿Qué fue del hombre?”— repitió la voz distante.

—“¿Fabián?”

Se alejaban dando tumbos. Las olas que abatían la proa bañaban las espaldas fatigadas y sudorosas de los que empuñaban los remos.

—“¡Se fue al infierno!”

Jadeaban. Había aumentado el viento y las olas estallaban a proa con ímpetu.

—“¡Maldita sea . . .! ¡Avante! ¡Con fuerza . . .!”

Todos miraban hacia la goleta que se hundía en la obscuridad.